

samente durante cuarenta y siete años, y murió septuagenario el 5 de las calendas de febrero del año ochocientos catorce de la Encarnación del Señor á la séptima indicación. ¡Que Dios haya acogido su alma!»

EL SEÑOR DE GIAC

I

Si el lector, que tan frecuente y complacientemente nos ha seguido en nuestras excursiones históricas á través de la antigua Francia, quiere una vez más dar, con nosotros, un paso retrógrado, le transportaremos á algunas leguas de la bonita villa de Avranches, entre Hans y San Hilario, al pie de un castillo fuerte cuyas murallas, ocultas actualmente bajo la hierba, circundan valientemente la aldea de Saint-James de Beuvrön en la época que comienza esta crónica.

En el lugar ocupado por las verdes y tupidas praderas que se extienden hasta Pontorson, se elevaban entonces los cuarteles del ejército de Bretaña, el cual, desde el principio de la cuaresma de 1425, había ido á sitiar el castillo de

Saint-James. Dirigiendo una mirada al foso que circunda el campo y á la empalizada que lo protege, y siguiendo los angulosos contornos que forman en su circuito aquel foso y esta empalizada, se reconoce en seguida que el que trazó el plano de estas fortificaciones, hechas á la vez para ataque y para defensa, fué un capitán sabio en el arte de dirigir una batalla. En las extrañas guerras de la Edad media, en que todo se hacía, no con arreglo á un plan unitario de campaña, sino según el capricho de los jefes aventureros que tenían una voluntad individual tan pronto como encontraban veinticinco hombres que les ayudasen á cumplir esta voluntad, sólo se necesitaba una guarnición que se pusiese en campaña y marchase instintivamente á auxiliar á una guarnición cautiva, para que los sitiados hoy fuesen sitiados mañana. Esto mismo era lo que podía ocurrirle de un día á otro al ejército de Bretaña, si los ingleses de Avranches tenían á bien ir en ayuda de sus hermanos de Saint-James de Beuvrón.

Pero en este momento, y gracias á las precauciones hábilmente tomadas, todo era tranquilidad en el campamento; el silencio de la noche sólo estaba turbado por el ruido de los centinelas que, de cuarto en cuarto de hora, lanzaban su grito de alerta; todos los fuegos de las barracas de los soldados y de las tiendas de los capitanes estaban apagados, y sólo una tienda más elevada que las demás y sobre la cual flotaba, á cada ráfaga de viento, la bandera de Francia y Bretaña, estaba iluminada: en esta tienda velaba, lleno de cuidados, el jefe de todo aquel ejército que

dormía tranquilamente confiado en él, como el rebaño con su pastor.

Con coraza y todo, el dicho jefe estaba tumbado sobre las pieles de lobo que le servían de lecho, y sólo el casco faltaba á la armadura, lo cual permitía ver que aquél sobre quien pesaba tan gran responsabilidad, como era la vida de sus hermanos, era un hermoso joven de treinta y dos á treinta y tres años, de largos cabellos castaños que caían sobre sus hombros, de tez pálida, de ojos azules, y cuya fisonomía hubiera tenido una expresión de perfecta dulzura si un ligero fruncimiento de cejas que le era habitual no hubiese anunciado en él esa voluntad férrea que en los bretones degenera á veces en testarudez. Una lámpara de cobre, única que permanecía encendida en el campamento, como hemos dicho ya, iluminaba un manuscrito que el joven leía, con la cabeza apoyada en la mano izquierda, manuscrito en el cual hacía con la mano derecha correcciones con letra tres veces mayor que la del texto. Este manuscrito se titulaba: *Historia de Artús, conde de Richemont y condestable de Francia, que contiene sus memorias hechas desde 1413 hasta fines de 1424.*

—¡Ah! mi pobre Guillermo, murmuró el joven cuando hubo llegado á la última hoja, mucho temo que hayas escrito á estas horas las páginas más tristes de mi historia, y que este año de 1425, que empieza tan mal, acabe peor.

—¡Vaya unos pensamientos más tristes, monseñor! le respondió un hombre vestido de aldeano que había entrado en la tienda de Artús y que se había aproximado á su cama sin que

éste se apercibiese. Desgraciadamente, las noticias que traigo, continuó el recién llegado suspirando, no son para alegrar á nadie.

—¡Ah! ¿eres tú, Cruel? respondió Artús con una semi sonrisa que probaba que aunque las noticias prometidas fueran tristes, no por eso el mensajero había de ser mal recibido. Mi pobre Guillermo, te juro por mi alma que te creía colgado, y contaba enviar mañana una compañía con orden de revistar todos los árboles de los alrededores á fin de darte sepultura cristiana en caso de necesidad.

—Monseñor, muy bien podía haber ocurrido eso si yo no hubiera tenido la precaución de sustituir vuestra librea por este traje de aldeano. Los ingleses recorren noche y día el campo á las órdenes del conde de Suffolk y del señor de Scoles, y aunque no traigo gran cantidad de dinero, presos peores que yo pueden hacerse.

Y esto diciendo, Guillermo el Cruel vació su escarcela en el casco del conde.

—Y ¿hasta dónde has llegado?

—Hasta Rennes ¡pardiez!

—¿No has sabido noticias del rey?

—Sí, está en Issoudún con el señor de Giac y la corte.

—¿Y los cien mil escudos prometidos?

—No he oído hablar de ellos.

—De manera que ese dinero que traes..., repuso Artús fijando negligentemente los ojos en el casco lleno de oro.

—Es producto de las joyas que vos me mandasteis que vendiese y de los doscientos escudos de oro, cuya mitad me fué dada por vuestro her-

mano el señor de Gilles, y cuya otra mitad me la entregaron las señoras de Alençon y de Lomagne.

—¡Mi buenas hermanas!—murmuró Artús.

—Respecto al duque Juan, estaba de viaje; pero aunque le hubiese hablado en Rennes, ya sabéis que es más borgoñón que delfinés.

—¿De suerte que nuestra fortuna asciende...?

—Á cuatrocientos ochenta escudos de oro.

—Vamos, al menos habrá para pagar á los comerciantes que nos proveen de víveres. Respecto á los soldados, tendrán que resignarse á esperar lo que decida el rey.

—¡Dios lo quiera! respondió Guillermo con el acento propio del hombre que hace un ruego por casualidad, pero que no espera verse atendido.

—¿Qué quieres decir? murmuró Artús apretando los dientes y frunciendo las cejas. ¿Qué es lo que puede hacerte dudar de la paciencia del ejército cuando su jefe le da el ejemplo?

—Algunas palabras que oí al entrar en los cuarteles á los centinelas, á quienes tuve que darme á conocer para entrar.

—Y ¿cuáles son esas palabras?

—Prometían una sublevación para mañana si al rayar el alba las tropas no percibían la paga que esperan hace cinco meses.

—¡Una sublevación! exclamó Artús saltando de la cama. ¡Una sublevación! Guillermo, habrás oído mal.

—No, monseñor, estoy seguro de lo que digo, y por lo tanto, procurad tomar precauciones.

—¡Una sublevación! continuó Artús sonriéndose desdeñosamente y midiendo su tienda á

grandes pasos. ¡Una sublevación! Sería curioso. La precaución que tomaré será no salir sin mi espada.

—Pero, monseñor ¿no sería mejor hacer esperar á los comerciantes y dar algo á cuenta á las tropas?

—Los comerciantes han entregado sus mercancías bajo mi palabra, y yo no puedo faltar á ella. En cuanto á los soldados, yo les debo pan, agua y armas, y mientras tengan de comer, de beber y con qué batirse, no tienen nada que decir.

—Sin embargo, monseñor.

—Toma ese oro, vete á arreglar las cuentas con los comerciantes y si queda algo, entrégaselo de mi parte á las familias más pobres, recomendándoles que rueguen por la gloria del rey Carlos VII y por la salvación de Francia.

Guillermo miró á su amo y salió. Por la expresión de su rostro, había comprendido que era inútil replicarle. Respecto á Artús, se tumbó sobre la cama, y fuese fatiga de una velada tan prolongada, fuese confianza en sí mismo, fuese fuerza de voluntad, lo cierto es que un cuarto de hora después dormía profundamente.

Al amanecer, su sueño fué interrumpido por un gran rumor que partía del campamento. Artús despertó sobresaltado, saltó de la cama, e iba á salir de la tienda, cuando entró el Cruel.

—¿Qué ruido es ese, Guillermo? ¿qué pasa afuera?

—Lo que yo había previsto, monseñor.

—¿Una sublevación? exclamó Artús cogiendo un arma que tenía á la cabecera de la cama.

—Todavía no.

—Pues ¿qué es eso?

—Que la guardia de las puertas no ha querido dejar salir á los tratantes de ganado.

—Y ¿por qué?

—Porque el soldado que estaba de centinela delante de vuestra tienda ha advertido á su guardia que todo el dinero que yo traje había sido empleado en pagar los víveres y que no había quedado un céntimo para pagar al ejército.

—De manera que... continuó Artús impacientemente.

—Que las tropas quieren quitar el dinero á los comerciantes, y éstos, como lo consideran como un salario legítimo, se niegan á devolverlo.

—¡Por la Virgen que tienes razón y que voy á correr en su auxilio!

—Monseñor, ¿no tomáis vuestro casco?

—No, no; es necesario que esos pillastres me reconozcan en cuanto me vean de lejos, á fin de que si alguno se resiste á obedecer, no tenga excusa. ¡Mi caballo, Juan, dame mi caballo!

El escudero á quien iban dirigidas estas palabras y que estaba obligado á tener á todas las horas del día ó de la noche un caballo dispuesto para en caso de necesidad, puso las bridas en las manos del condestable, y, como de costumbre, quiso ofrecerle su rodilla; pero Artús, á pesar del peso de su armadura, saltó á la silla como si hubiese ido vestido con un traje de caza, y habiendo escuchado para ver de qué sitio venían los gritos; lanzó su caballo al galope en aquella dirección.

Como Guillermo había dicho, los centinelas

de las puertas, sabedores de que los comerciantes habían sido pagados, se habían opuesto á su salida si no entregaban la mitad del dinero recibido. Se comprende que semejante proposición fuese rechazada por unanimidad; pero los soldados, que habían previsto la resistencia, se decidieron en seguida á tomar por la fuerza lo que aquéllos no querían darle de grado.

Entonces los comerciantes que comprendían que una vez en manos de la tropa el reparto de su dinero no se haría con gran exactitud, se habían reunido bajo pretexto de deliberar, pero en realidad para prepararse á la defensa. En su consecuencia, habían colocado las mujeres y los niños en el centro, habían formado una muralla con sus carretas, y, armados de garrotes, se preparaban á disputar lo que todo digno comerciante aprende desde su juventud á poner por encima de todo: su dinero. Los soldados, por su parte, que consideraban tal guerra como un juego, se preparaban para atacarles con esa alegría feroz que sienten el hombre y el tigre cuando saben que su víctima, demasiado débil para resistir, se dispone sin embargo á combatir y á dar con su resistencia una apariencia de razón á su crueldad. De modo que la tropa había empezado á acudir de todos los rincones del campamento sin saber aún de qué se trataba, pero dispuesta, por espíritu de cuerpo, á tomar sin más amplia información la defensa de los militares contra los paisanos, gritando: *¡A muerte! ¡a muerte!* sin saber todavía lo que habían hecho aquellos á quienes condenaban antes de morir.

De pronto, en medio de aquel ruido y de aquel desorden, se oyó el grito de:

—¡El condestable! ¡El condestable! ¡El condestable!

En el mismo instante, aquella multitud tan compacta que no hubiera podido ser penetrada ni por una aguja, se separó para dejar el paso libre á su jefe, el cual, atravesándola al galope, no se detuvo hasta que su caballo fué á dar contra las barricadas que habían hecho los comerciantes, en medio de las cuales esperaban éstos, más muertos que vivos, lo que Dios iba á decidir de sus personas y de su dinero. Pero al ver al condestable, se reanimaron, separaron una carreta para abrir paso al refuerzo que les llegaba, y arrojándose á los pies del caballo de Artús, los unos gritaban: *¡Gracia!* y los otros: *¡Justicia!*

—¿Por qué no habéis partido al amanecer, como yo os ordené? dijo Artús con voz que sobresalió sobre todas las demás y que fué oída desde las últimas filas del ejército.

—Porque el centinela se negó á dejarnos el paso libre, respondió con voz más baja aquel que parecía el jefe de la tropa.

Artús hizo seña de que le hiciesen paso, y avanzando hacia las puertas del campamento, preguntó á los centinelas con autoridad:

—¿Por qué no habéis dejado salir á esos hombres?

—Porque no daban el santo y seña, monseñor, respondió uno de los soldados.

—Es verdad, dijo Artús.

Y penetrando de nuevo en las barricadas, se

inclinó al oído del que le había hablado, y le dijo:

—*¡Bretaña y Borgoña!* Y ahora, marchaos.

El comerciante se encaminó hacia su carreta, tomó á su caballo por la brida, avanzó hacia la barrera seguido de sus compañeros, y les repitió á los soldados:

—*¡Bretaña y Borgoña!*

—¡Pasad! respondieron los centinelas.

Y todo el convoy desfiló sin obstáculo.

Cuando la última carreta hubo franqueado las puertas, Artús, que había seguido al convoy con los ojos, se volvió y vió á algunos pasos de él á varios caballeros de Bretaña que habían acudido para secundarle en caso de necesidad.

—Señores, les dijo Artús, que parecía haber olvidado por completo la causa que les había llevado allí, me satisface veros reunidos, porque vamos á dar un asalto. Señor Alain de la Motte, invite usted á sus arqueros á que examinen sus arcos y á que completen sus haces. Señor de Molac, ordene usted á los de Ploërmel que preparen las faginas y las escalas. Señor de Cœtivi, tome usted doscientos caballeros y haga un reconocimiento por la parte de Avranches y de Pontorson, á fin de que los ingleses no vengan á distraernos. Usted y yo, Guillermo Eder, daremos el asalto al mismo tiempo cada uno por nuestro lado. Y ahora, que cada cual se una á su bandera, y suenen las trompetas cuando todo esté dispuesto.

Á estas palabras, cada capitán fué á unirse á su cuerpo seguido de los hombres que mandaba; de manera que aquel lugar, en el que un cuarto de

hora antes se agitaban tres ó cuatro mil personas, se encontró casi desierto, pues no quedaban en él más que los centinelas y el condestable, que viendo que cada uno iba á ocupar su puesto, se encaminó á su tienda para hacer también sus preparativos de combate.

II

Una hora después, el ejército de Bretaña salía de sus cuarteles y avanzaba con mucho orden para asaltar el castillo de Saint-James de Beuvrón.

Las órdenes dadas por el condestable habían sido puntualmente ejecutadas. El señor de Cœtivi, con veinticinco lanzas, había avanzado hacia la parte de Pontorson. El señor Alain de la Motte había dividido á sus arqueros en dos tropas, y conservando el mando de la una, había confiado el de la otra á su hijo Guillermo. El señor de Molac había reunido á los escaladores, y Guillermo Eder, cumpliendo las órdenes del condestable, se preparaba á escalar la muralla por el occidente, mientras que Artús, tomando á sus órdenes la mitad del ejército, rodeaba la fortaleza y se aprestaba á asaltarla por la parte del mediodía. Los ingleses, por su parte, seguían los movimientos de los sitiadores con una atención que probaba toda la inquietud que les causaban estas diferentes maniobras, y guarnecían con sus mejores tropas los dos puntos amenazados de las murallas. Tan pronto como el ejército del condestable estuvo á tiro de ballesta,

los sitiados lanzaron grandes gritos, que fueron seguidos de un agudo silbido, después del cual cayeron atravesados de parte á parte, por las largas flechas de los arqueros ingleses, tres ó cuatro hombres.

Artús ordenó á sus hombres que cerrasen filas y se cubriesen con sus escudos, y continuó avanzando hacia las murallas. Apenas había dado treinta pasos, cuando nuevos mensajeros de muerte penetraron en sus filas. Se oyeron algunas blasfemias; pero la tropa continuó avanzando y dejó tras sí á los muertos y á los heridos que se revolvan en charcos de sangre. Por fin, al llegar á medio tiro de las murallas, Artús ordenó hacer alto y escalonó á sus hombres en tres filas. Entonces los arqueros bretones se cubrieron con sus escudos y, arrodillándose, se aprestaron á enviar á los ingleses flecha por flecha y muerte por muerte.

Cuando Artús vió el combate empeñado de este modo, dió orden á los portadores de faginas que avanzasen hacia los fosos cubriéndose con sus fardos, y á los escaladores que le siguiesen, y luego, él mismo, tomando un arco de manos de un arquero bretón que acababa de caer, protegió su empresa. Entonces varios caballeros fueron á unirse á él, como hacen algunos oficiales impacientes en nuestros días que van á unirse á los tiradores. Por lo demás, este juego era tanto menos peligroso, cuanto que sus armaduras les ponían al amparo de las flechas, que iban á estrellarse contra sus corazas flamencas. Sin embargo, entre aquella lluvia de flechas que chocaba contra su armadura como el gra-

nizo contra un tejado, Artús sintió que una de ellas le golpeaba con más violencia que las otras, y un ligero dolor en el hombro izquierdo le probó que, por buena que fuese su coraza, la punta del arma enemiga había penetrado hasta la carne. Artús se arrancó la flecha en seguida, y examinándola con cuidado, vió en ella la cifra de Mateo de Duncaster, famoso obrero inglés que se había hecho célebre por la madera que empleaba en la fabricación de sus arcos y por la calidad del hierro con que guarnecía sus flechas. Apenas había hecho este examen, cuando se sintió golpeado de nuevo en el muslo. Esta vez la flecha había encetado la coraza, pero no había podido atravesarla.

—¿Estáis tal vez herido, monseñor? exclamó con inquietud Guillermo de la Motte, que estaba á su lado.

—No, gracias á mi buena armadura de Gante, repuso Artús. Pero es urgente ver quién es el pillastre que nos envía semejantes regalos y que yo le haga en seguida justicia, porque cada una de sus flechas dirigidas á nuestra tropa sería un hombre muerto. A vos mismo, Guillermo, si os viese en medio de nosotros armado á la ligera como vais, vuestra cota de malla os protegería tan poco como pudiera protegeros una red de pescador, y no tardaríais en quedar acribillado de flechas.

—¡Dios mío, señor, tened piedad de mí! murmuró Guillermo de la Motte cayendo sobre una rodilla.

—¿Qué hay, Guillermo, hijo mío? dijo Artús.

—Que estoy gravemente herido, monseñor.

Veis aquel condenado que se inclina fuera de la muralla para enseñarme á sus compañeros? Pues ese me ha matado.

Artús fijó primero sus ojos en el arquero y luego en el herido, y vió que éste estaba atravesado por una de aquellas largas flechas inglesas que tenían cerca de tres pies de longitud.

Artús comprendió al primer golpe de vista que el pobre Guillermo no se había engañado, y que su herida era mortal; así es que le dijo:

—Guillermo, dime lo que desees, y ten la seguridad de que si tus deseos son posibles de ejecutar, tu última voluntad será cumplida.

Guillermo no podía ya hablar, porque borbotones de sangre empezaban á salir de su boca; pero señalaba con la mano al arquero que le había herido y que aplaudía su victoria.

—Si, sí, te comprendo, murmuró Artús ajustando á su arco su mejor flecha, y aunque tu último deseo no sea tal vez propio de un cristiano, no dejará de ser cumplido. Muere en paz, Guillermo.

La flecha de Artús recorrió el espacio silbando, y yendo á dar en el sitio adonde su amo la había dirigido, atravesó las dos sienes del arquero, no obstante el casco de cuero que le protegía la cabeza. El inglés extendió los brazos, soltó su arco, y echándose hacia atrás, cayó en brazos de sus compañeros. Artús se volvió hacia Guillermo. Un rayo de sangrienta alegría animaba los ojos del moribundo, el cual lanzó casi en seguida un gemido, se retorció y expiró.

—¡Á las murallas! ¡á las murallas! exclamó Artús aprovechándose del deseo de venganza que

este espectáculo había inspirado á los caballeros. ¡Á las murallas! Los fosos están llenos y las escalas dispuestas.

Y, dando el ejemplo, se precipitó inmediatamente en las murallas, seguido de sus capitanes y de su tropa. Los arqueros se quedaron atrás para proteger el asalto y apartar á los ingleses de la muralla. En un instante fueron echadas cincuenta escalas, y, animados por el ejemplo del condestable, todo el mundo se dispuso á subir para combatir cuerpo á cuerpo.

Habían llegado ya los asaltantes á la mitad de la altura de las murallas, cuando oyeron detrás de ellos los gritos de: *¡Los ingleses! ¡los ingleses!* Inmediatamente, los arqueros encargados de proteger el ataque, creyéndose sorprendidos, arrancaron sus escudos del suelo, y echándose los al hombro, empezaron á huir repitiendo ellos mismos el grito que les había alarmado. Entonces los sitiados, viendo que sólo tenían que combatir con los caballeros y los hombres armados, empezaron á arrojar sobre sus cabezas, desde lo alto de las murallas, piedras, maderas, vigas y todos esos proyectiles que los sitiados acostumbran á amontonar en las murallas cuando se preparan á un asalto. Al mismo tiempo, un cuerpo de caballería se hizo abrir una de las puertas, y desplegándose por la llanura, fué á atacar por detrás á aquel ejército que, de asaltante que era un momento antes, se convirtió en atacado, y apenas podía defenderse.

Artús había sido uno de los primeros en arrojarse de la escala para hacer frente á aquel nuevo ataque, y al reconocerle por sus gritos de guerra

y por los golpes que daba, todo el mundo se había reunido en torno suyo. El combate se había restablecido, pues, con encarnizamiento, en la parte baja de las murallas; pero los caballeros bretones, á pie y cubiertos con sus pesadas armaduras, aplastados como estaban por las piedras lanzadas desde lo alto de las murallas, heridos en los flancos por las flechas de los arqueros, y atacados de frente por la caballería, no tenían esperanza de recobrar la ventaja que habían perdido. Continuaban, pues, defendiéndose, más bien para morir que para vencer, y porque, al ver que el condestable luchaba, sentían vergüenza de abandonarle. Era evidente que su muerte hubiera puesto fin al instante al combate; así es que todos los esfuerzos de los ingleses se dirigían contra él, tanto más cuanto que él les llamaba la atención lanzando su grito de guerra tan pronto como ellos dirigían sus ataques á otro punto.

De pronto, el grito de: *¡Bretaña y Richemont!* lanzado por voces amigas, resonó del otro lado de aquella masa que impelía á los sitiados contra la muralla. Se oyeron los gritos de: *¡los bretones! ¡los bretones!* Á su vez, los soldados de las murallas lo repitieron con inquietud, un desorden visible penetró en las filas de los ingleses, y hombres y caballos se apartaban ó caían ante un poder invisible aún, pero que se iba aproximando. Por fin, como mineros que se encuentran, la débil muralla que separaba á Artús del socorro que le llegaba fué derribada, y monseñor de Cœtivi, ensangrentado y mutilado, fué á caer expirante á los pies del condestable.

Aquella tropa, destinada á batir el campo de los alrededores, era la que habia dado la voz de alarma á los arqueros bretones, y la que, viendo que en medio de su pánico habian abandonado á su general, habia corrido en su auxilio y acababa efectivamente de salvarle.

Artús saltó sobre el primer caballo que le presentaron, envainó su trozo de espada de condestable, y apoderándose de una hacha que encontró por casualidad en el arzón de la silla, persiguió á la caballería inglesa hasta la puerta de la fortaleza, la cual se cerró tras aquella. Entonces volvió al lugar en que se habia dado el asalto, pero las escalas habian sido rotas por los sitios, unas antorchas resinosas arrojadas sobre las faginas habian quemado á éstas y sus tropas mismas, reventadas de fatiga, indicaban, por su actitud, que sólo por la obediencia seguían á su condestable. Artús comprendió que la jornada estaba perdida, y llorando de rabia ordenó la retirada, que los ingleses no pensaron en turbar.

Al llegar al campamento, supo que el ataque dirigido por Guillermo Eder no habia sido más feliz que el suyo. Al empezar el asalto, Guillermo habia sido aplastado por un pedazo de roca que los ingleses habian lanzado contra las escalas. Monseñor de Molac habia sido muerto de un flechazo. El señor Alain de la Motte, rechazado hacia un estanque, habia caído en él con su caballo y no habia vuelto á aparecer. En fin, que aquella escaramuza habia sido tan fatal para la caballería bretona como hubiera podido serlo la pérdida de una gran batalla.

Artús dió sus órdenes, y, retirándose á su tienda, prohibió que nadie entrase á molestarle.

Allí permaneció sin tomar alimento hasta las diez de la noche. Al fin, muerto de necesidad, llamó al centinela que debia hacer guardia en su tienda; pero el centinela no le respondió.

No comprendiendo este silencio, avanzó hasta la puerta: la puerta no estaba guardada. Entonces llamó á su secretario, á sus escuderos y á sus pajes y les interrogó. Pero lo único que pudo saber es que durante la noche habia pasado una cosa rara en el campamento. Sus servidores habian visto rostros siniestros y les habian interrogado sin obtener respuesta. Finalmente, se habian retirado á la hora del toque de silencio, y desde entonces no habian sabido nada más.

En aquel momento, un resplandor sangriento empezó á aparecer por la parte oriental del campamento: las estrellas enrojecieron y el cielo se cubrió de púrpura. El fuego acababa de hacer presa en los cuarteles de los arqueros, y sin embargo no habia sido dada ninguna señal de alarma.

Artús miraba con estupefacción aquel incendio silencioso que se aproximaba rápidamente, sin que ningún esfuerzo se opusiese á su violencia. Á cada paso, esperaba oír clamores de angustia y ver aparecer á sus soldados en medio de las llamas. Pero, por el contrario, todo permanecía callado y muerto, y parecia que aquellos cuarteles hacia un siglo que habian dejado de ser habitados por los hombres. Por fin, no pudiendo ya resistir á su impaciencia, dió él mismo un grito de alarma.

Un caballo medio quemado que salió de una barraca que ardía, pasó rápidamente á su lado relinchando de dolor, siendo ésta la única criatura viva que le respondió.

Entonces la verdad se le apareció horrible como un fantasma. Sus rodillas temblaron, y el sudor de la vergüenza corrió por su rostro.

El ejército entero se había retirado, pegando fuego á sus cuarteles y abandonando á su condestable.

III

Esta inesperada defección, que tenía por causa la falta de pago á la tropa, colocaba los asuntos del rey Carlos VII en peor situación que nunca. Sólo con gran pena había logrado el conde de Richemont levantar en el ducado de su hermano los veinte mil hombres, con los cuales había ido á sitiar la villa de Saint-James de Beuvron. Mientras pudo, lo sostuvo con sus propios recursos, esperando siempre con la suma de cien mil escudos que el rey le había prometido y que habían sido votados en una asamblea extraordinaria por los tres estados reunidos en Meun-sur-Yevre. Pero al fin, estos cien mil escudos faltaron sin saber porqué, y el esfuerzo de uno de los mejores vasallos de la corona se había agotado en su lucha con la apatía del soberano.

Los ingleses ocupaban la Normandía, la Champaña, la Isla de Francia y la Guyana, tenían á Borgoña por aliada, poseían todos los puertos de Francia y seguían recibiendo socorros de hombres y de dinero de la madre patria, la cual, alejada del teatro de la guerra, se había mantenido rica y populosa. No se comprendía, pues, cómo el delfín conservaba en Francia las

últimas provincias que le servían no ya de reino, sino de refugio, á no ser considerando que las guerras de aquella época no habían tomado aún el aspecto unitario y regular que tienen en nuestros días.

Por el contrario, cada capitán marchaba á su gusto, y su ejército aumentaba ó disminuía según sus medios de pagarlo. Si la paga faltaba, los soldados se dispersaban é iban á buscar otro capitán, aunque fuese en el campo enemigo; los campos estaban devastados; las villas, tomadas y retomadas, cambiaban frecuentemente de amo tres ó cuatro veces al año, y en todas partes se hacía una guerra de partidarios que no daba otro resultado que la desolación de las provincias, tan maltratadas por sus defensores como por sus conquistadores. En medio de todo esto, los ingleses hacían, como hemos dicho ya, progresos; pero estos progresos eran lentos, porque sus capitanes pensaban más en su fortuna ó en su honor particular que en la fortuna ó en el honor de la causa que habían abrazado.

Durante los cuatro años que habían transcurrido desde la muerte de su padre y el momento en que comienza esta historia, Carlos VII se había hecho hombre por la edad, pero no por el carácter. Poseía esas cualidades que contribuyen á que un soberano sea amado por su pueblo, pero no respetado por sus vecinos. Sometiéndose siempre á las circunstancias en que se hallaba, aun no había ensayado nunca luchar en persona, y había apelado eternamente á su recurso de escoger nuevos aliados, guiándose más bien por la necesidad que por la prudencia.

Así fué cómo la espada de condestable, que ceñía desde el 7 de marzo de 1424 el cinto de Richemont, y que llevaba en su vaina las flores de lis de Francia, pasó un momento á manos de un escocés. Así fué cómo el conde Douglas pasó á ser *teniente general, por hechos de guerra, en todo el reino de Francia*. Y así fué también cómo Estuardo, que había sido derrotado y hecho prisionero en Cravant, fué sustituido por un hermano del conde de Suffolk y recibió en recompensa de sus buenos servicios el condado de Dreux, mientras que, al mismo tiempo, su cuñado entraba en posesión del ducado de Turena. La confianza de Carlos en sus aliados de ultramar fué tan grande, que llegó á formar una compañía á la que confió la custodia de su persona, y de esta formación proviene el título de *compañía escocesa* que llevaba aún en 1829 la primera sección de los guardias de corps de los reyes de Francia.

Se comprenderá fácilmente la precaria situación de la fortuna de Francia con los cambios políticos tan frecuentemente renovados. Cada nuevo protector llegaba con pretensiones, amistades y odios que era preciso que el rey satisficiera. Así Richemont, lejos de recibir la espada de condestable como un favor, había dictado él mismo las condiciones mediante las cuales consentía en aceptarla. Estas condiciones eran: la dimisión de los ministros que habían tomado parte en el asunto de Champtoceaux, y el destierro de todos los que habían mediado en el asesinato del duque Juan. El nuevo condestable, llegando al poder con miras más grandes

y relaciones más extensas que los que le habían precedido, había soñado al principio con la reconciliación de los duques de Bretaña y Borgoña con el rey de Francia, había realizado ya una parte de este sueño apartando al duque Juan su hermano de la alianza de los ingleses, y, animado por esta victoria, había entrado en seguida en negociaciones con Felipe el Bueno, dando como prueba de arrepentimiento por parte del rey, la dimisión de Tanneguy-Duchatel y el destierro del presidente Louvet, que se había retirado á Aviñón. Respecto al vizconde de Narbona, había sido muerto en Verneuil, y los ingleses, en virtud de su promesa al duque de Borgoña, habían hecho descuartizar y suspender de una horca el cadáver encontrado en el campo de batalla. Como presidente de sus consejos, no había quedado, pues, al lado del rey, más que el señor de Giac, cuyos crímenes pasados habían permanecido ignorados, y al cual seguía creyéndosele fiel á la casa de Borgoña.

Sin embargo, un poder desconocido y malévolamente destruído, unos tras otros, los esfuerzos que intentaba Artús: el rey, lleno de fuerza y de buena voluntad mientras estaba sostenido por la presencia del condestable, caía, al separarse de éste, en su habitual apatía. Retirado á Issoudún, el monarca, que había tomado el título de *rey de Bourges*, con gran mofa de los ingleses, pasaba los días cazando, las veladas jugando á las cartas ó á los dados, y las noches entre su amor expirante por María de Anjou y su amor naciente por Inés Sorel.

Al final de uno de esos días ociosos, que hi-

cieron decir á La Hire *que nunca se había encontrado un rey que perdiese tan alegremente su reino*, Carlos, que mereció después el nombre de *Victorioso*, pero que en aquella época sólo se le podía denominar *el Apático*, jugaba á los dados con su favorito el señor de Giac en una de las salas del castillo de Issoudún. Este juego, aunque estaba entonces de moda, parecía haber sido adoptado por el rey más bien como una distracción contra el aburrimiento, que como un placer real; así es que de cuando en cuando una de sus manos, colgando á lo largo de su sofá, iba á buscar la cabeza de un magnífico lebrél blanco acostado á sus pies, el cual respondía á este llamamiento estirando su cuello de serpiente y entreabriendo á medias sus ojos, expresivos como ojos humanos. Por fin el rey dejó caer el cubilete de marfil que tenía en la mano, hizo girar su sofá, é inclinándose sobre su perro favorito, le silbó de una manera que debía ser conocida por el animal, porque éste, levantándose sobre sus patas traseras, apoyó las de delante en los muslos del rey.

—Bien, Fido, bien, dijo Carlos, sois un sujeto muy guapo y muy fiel, como lo dice vuestro nombre, y le agradezco más al duque de Milán este regalo, que el de sus tres mil lombardos, que empezaron por pillar mis provincias y acabaron por hacerme perder la batalla de Verneuil; así es que, mientras yo lleve corona en la cabeza, no os faltará un hermoso collar de oro.

—¿Oís esta promesa, Fido? dijo de Giac mezclándose en la conversación. Quiere decir con

esto nuestro rey que moriréis con las armas de Francia en vuestro cuello.

Fido dejó oír un ligero gruñido.

—Eso sí que no es seguro, de Giac, repuso melancólicamente Carlos que continuaba acariciando á su lebel, porque esta corona es cruelmente codiciada, y ya faltan en ella sus más hermosos florones. Muy irritado debe estar contra nosotros monseñor san Dionisio, que es el patrón de Francia, ó Dios, que es el juez de los reyes, para que las cosas vayan de mal en peor en el reino.

Al acabar de decir estas palabras, el rey lanzó un suspiro, al que Fido respondió con un gemido.

—Mirad, de Giac, continuó el rey, después de verme traicionado con tanta frecuencia por los hombres, más de una vez he tenido intención de escoger á mi perro por consejero y fiarme de su instinto en mis amistades y en mis odios.

—Si así lo hicierais, yo no sería mucho tiempo jefe de los consejeros de Su Alteza, porque, por desgracia, no le soy simpático á Fido, dijo de Giac.

—Se han visto tales milagros, continuó el rey respondiendo á sus pensamientos más bien que á la observación de su favorito. ¿Cuántas veces no ha encargado Dios á los animales que sirviesen de guía á los hombres? El otro día nos extraviamos en el bosque de Dun-le-Roi sin que nadie supiese qué camino tomar, cuando yo tuve la idea de soltar á Fido y seguirle. Pues bien, un cuarto de hora después, nos uníamos á los caballos y á los pajes que nos esperaban en el extremo del bosque.

—Vuestra Alteza confunde el instinto con el pensamiento y el corazón del animal con el alma del hombre.

—Es verdad; y sin, embargo, mirad esos magníficos ojos, Pedro. ¿No diría cualquiera que se ve brillar en ellos un rayo de inteligencia humana? Examinad esas orejas que se enderezan para escuchar lo que digo. ¿No creería cualquiera que se abren así para oírme? Por otra parte, oyen. No tengo más que echar á Fido de aquí para que se vaya, llamarle para que venga, y hacerle una seña para que se acueste. Mis cortesanos no saben hacer cosa mejor, y sin embargo se les da el título de hombres. Es verdad que tienen una cosa que los separará siempre de esta hermosa raza canina, y es que no saben encontrar á su amo cuando lo pierden y que lo muerden cuando le ven caído.

El silencio que sucedió á este arranque misantrópico tal vez se habría prolongado indefinidamente, gracias á las diferentes reflexiones que había hecho nacer en el espíritu de los dos interlocutores, si Fido no hubiese anunciado mediante un movimiento brusco é inquieto que algo extraordinario pasaba en el cuarto vecino. El rey seguía la dirección de los ojos del inteligente animal; vió que estaban fijos en la puerta de los guardias y dijo:

—Mirad, Pedro, ahora entrará algún extraño: veamos cómo lo recibe Fido. Arreglaré mi conducta á la suya, y por esta vez lo constituyo en jefe de mis consejeros.

En este momento, un paje levantó la cortina y anunció:

—Monseñor Artús, conde de Richemont y condestable de Francia.

El rey tembló, de Giac palideció y Fido corrió á la puerta.

Al instante apareció el condestable, y el lebrél, que le veía por primera vez, le lamíó la mano.

—¿Sois vos, primo mío? dijo el rey con voz ligeramente alterada. Á decir verdad, me maravilla el veros. Á estas horas os creía guerreado en las costas de Normandía para mayor interés de la corona y mayor gloria de Francia.

—Así sería, señor, respondió Artús acariciando al lebrél, cuya raza y belleza apreció al primer golpe de vista, y no es culpa mía si estoy aquí á estas horas en lugar de estar plantando las tres flores de lis de Francia en las murallas de Saint-James de Beuvrón.

—Y ¿qué os trae aquí sin nuestra licencia, primo mío?

—Varias peticiones que tengo que haceros, señor.

—Hablad, dijo el rey.

Artús se aproximó algunos pasos y Carlos le ofreció un asiento con la mano; pero el condestable le hizo seña de que deseaba permanecer de pie.

—Señor, dijo gravemente Artús, no os hablaré de la casa de Bretaña, porque ya la conocéis y sabéis que iguala en nobleza á la casa de Francia. No ignoráis que yo soy hijo del bueno y valiente duque Juan, que recobró su país de Bretaña con la espada, mientras que el rey vuestro padre perdía el suyo.

—¡Señor primo! dijo Carlos VII frunciendo las cejas.

Fido se acostó á los pies del condestable.

—Señor, continuó Artús, dejadme decir, y cuando haya hablado me castigaréis si he faltado. El noble duque mi padre murió cuando nosotros éramos aún muy jóvenes, y el duque Felipe el Atrevido, que era, como vos, hijo de rey, se encargó de nuestra tutela y nos llevó al país de Picardía; pero también murió á su vez, y yo pasé á manos de monseñor el duque de Berry, otro hijo de rey, el cual encargó á un gran escudero que era de Navarra y que se llamaba Peronit mi educación militar, educación por la cual veló también el duque vuestro tío con el mismo cuidado que si yo fuese su hijo. He aquí porqué, cuando el asesinato del duque de Orleans en 1407, yo fui del partido opuesto al duque de Borgoña: aquel era mi primer compromiso, y desde entonces me acostumbé siempre á cumplir las promesas que hacía.

—Sí, ya sé que sois un leal servidor, primo mío.

Artús se inclinó friamente y continuó sin responder al elogio del rey:

—De suerte que en 1413, cuando monseñor el duque de Borgoña y el rey Carlos VI, vuestro padre, sitiaron á Bourges en contra de los intereses del reino, yo corrí á Bretaña á buscar socorros, y lo hice con tanto entusiasmo, que reñí con Gilles, mi hermano menor, que era borgoñón. Esto no fué obstáculo para que el duque Juan, mi hermano mayor, me diese mil seiscientos caballeros y escuderos, entre los cuales se

contaban el vizconde de la Beliere, el señor Armel de Chateaugirón y don Eustaquio de la Monnaye; asamblea tan formidable y capitanes tan valientes, que, de paso, tomamos al asalto á Sillé-le-Guillaume, Beaumont y Laigle.

—Primo mío, aunque yo era muy joven, me acuerdo de esas hazañas, le interrumpió por segunda vez el rey con marcado movimiento de impaciencia.

Pero Artús pareció no notarlo y continuó:

—En 1415, á la primera instancia del rey Carlos VI y á pesar de que estaba yo sitiando á Parthenay, levanté el campo de delante de la villa para ir al encuentro del rey Enrique de Inglaterra, que sitiaba á Harfleur. Para esta empresa, el señor de Guyena me dió los criados de su casa y sus escuderos, y yo uní á éstos quinientos caballeros y escuderos, entre los cuales estaban Bertrán de Montaubán, el señor de Combourg y Eduardo de Rohán, que llevaba mi bandera. A orillas del Sena me uní con los monseñores de Orleans, de Borbón, de Albret, de Alençon, de Brabant, de Nevers y de Eu. El viernes 14 de octubre de 1415, peleamos juntos cerca de Azincourt, en una plaza demasiado estrecha para que pudiesen pelear en ella tan valientes caballeros, siendo esta la causa de que perdiésemos la jornada. Yo fui hecho allí prisionero por el propio rey Enrique, cuya corona real rompí de un hachazo, después de haber derribado á sus pies á su hermano Clorencio. Le juré ser su prisionero mientras viviese, permanecí prisionero cinco años en Inglaterra, volví bajo mi palabra á Normandía, donde me enamoré de la señora de Guyena,

cuya mano pedí, pero que no obtuve, porque me respondió que no quería casarse con un prisionero. Aunque la amaba mucho, yo os juro que tuve paciencia hasta el 31 de agosto de 1422, época en que el rey murió en el castillo de Vincennes, cerca de París. Desde entonces quedé libre, porque ningún hombre tenía nada que pedirme, me casé con la señora de Guyena y vine á ofrecer mis respetos á Vuestra Alteza.

—Sí, primo mío, nos vimos en Angers, y entonces fué cuando os ofrecí la espada de condestable, libre desde la muerte de Buchán.

—El 7 de marzo de 1424, la recibí de vuestras manos, señor, en los prados de Chinón, y, al recibirla, me comprometí á levantar á expensas mías un ejército de veinte mil hombres. En cambio, señor, vos me prometisteis enviarme cien mil escudos para pagarles durante la campaña. ¿No es verdad?

—Sí, primo mío.

—Yo levanté los veinte mil hombres á expensas mías en mis propias tierras, los conduje á Normandía, tomé á Pontorson, cuya guarnición pasé á cuchillo, y de allí me fui á sitiar á Saint-James de Beuvrón.

—Primo mío, conozco todas esas hazañas y por eso me asombra veros aquí.

—Señor, vengo á traeros vuestra espada de condestable, porque yo cumplí mis promesas, mientras que vos habéis faltado á las vuestras. Dispensadme que os la devuelva en tan mal estado, continuó Artús desenvainándola, pero está así hoscada y rota á fuerza de golpear armaduras inglesas.

—¡Que yo falté á mis promesas! dijo el rey mirando el pedazo de espada que le presentaba el condestable, ¿á cuáles, primo mío?

De Giac hizo un movimiento para levantarse y salir; pero el rey le hizo seña de que se sentase y le dijo:

—Quedaos, ya veis que nos acusan y tenemos que defendernos.

De Giac se dejó caer de nuevo en su sofá.

—Señor, la culpa no es mía; yo hice todo lo que pude para sostener mis tropas, vendí á unos comerciantes de Rennes todas mis alhajas y joyas. Vendí también mi cadena y mis espuelas de oro, que probaban que era caballero, y hasta la corona de mi casco, que probaba que era conde, y cuyas perlas me habían sido regaladas por mi madre, la reina de Inglaterra. Pero nada de esto bastó; así es que mi ejército se ha desbandado durante la noche por falta de dinero, pegando fuego á sus cuarteles y abandonando sus bagajes, su artillería y sus máquinas. Yo corrí tras aquellos cobardes y desleales, me puse á la cabeza de sus escuadrones rogando y amenazando, pero no quisieron escuchar mis ruegos ni amenazas, me derribaron del caballo, pasaron por encima de mi cuerpo y me dejaron desmayado en tierra, y toda esta vergüenza, señor, no pesaría sobre la casa de Bretaña, que vale tanto como la de Francia, si Vuestra Majestad hubiese cumplido su palabra.

—Pero ¿en qué he faltado yo á ella, primo mío? dijo á su vez Carlos VII levantándose y palideciendo de cólera.

—En no haberme enviado los cien mil escu-

dos que Vuestra Majestad me había prometido, contestó Artús.

—Primo mío, extraño lo que decís, dijo Carlos volviendo á sentarse y dirigiendo una mirada á Pedro de Giac, porque los cien mil escudos fueron votados en Meun-sur-Yevre por los tres estados del reino; por cierto que, en la discusión, un obispo llamado Hugo Comberel sostuvo que aquella suma era una nueva pillería y que pasaría á las manos de mis favoritos, en lugar de ser empleada en honor del reino. Esos cien mil escudos fueron sacados de las buenas villas y no han quedado ciertamente en nuestra caja, que está vacía á estas horas, tan vacía, que aun no hace mucho que hemos tenido que pedir crédito por cuarenta libras al capellán que bautizó al delfín Luis.

—Pero entonces ¿adónde ha ido á parar esa suma? dijo Artús con asombro.

—Preguntádselo al caballero de Giac, primo mío, respondió tímidamente el rey. Él debe saber algo, porque fué quién los recibió.

—Yo creo, dijo negligentemente el caballero jugando con su cadena de oro y sin esperar á que Richemont le interrogase, yo creo que una parte se ha invertido en comprar esos magníficos gerifaltes blancos que han traído á Vuestra Majestad unos comerciantes de Hungría; la otra en renovar nuestro equipaje de caza, que se hallaba en un estado indigno de un gran rey, y el resto...

—Y el resto, continuó Artús temblando de cólera, en renovar la casa de doña Catalina de Ile-Bouchard, casa que era indigna de la viuda

del conde de Turena y de la querida del señor de Giac.

—Puede, respondió el caballero con aire semi apurado y semi indolente.

Artús se arrodilló á los pies del rey, depositó en ellos el pedazo de espada que había tenido en la mano y, levantándose con dignidad, se dispuso á salir; pero el rey Carlos le retuvo diciéndole:

—Esperad, primo mío; os devolvemos vuestra palabra, no admitimos la dimisión.

—Señor, tened cuidado, repuso Artús; ya sabéis cuáles son las prerrogativas del condestable del reino.

—Sí, primo mío, sabemos que son casi iguales á las del rey.

—Ya sabéis que entre mis derechos existe el de alta y baja justicia, y que los senescales, bailedes, prebostes, alcaldes, guardias y gobernadores de buenas villas, castillos y fortalezas, puentes, puertos y pasajes, y, generalmente, todos vuestros justicieros, tienen que obedecernos como os obedecerían á vos mismo.

—Ya lo sé.

—¿Y me confirma Vuestra Alteza en los derechos que me concedió en la real patente de 7 de marzo de 1424?

El rey recogió la espada que había quedado á sus pies, y presentándosela á Artús, le dijo:

—Poneos de nuevo esa espada en el cinto, y únicamente os recomendamos que le echéis otra hoja y que la escojáis más sólida.

Richemont se inclinó.

—¿Quiere Vuestra Alteza ahora hacer que se me entreguen las llaves de la villa?

—¿Por qué, primo mío?

—Porque mañana al rayar el alba deseo ir á hacer mis oraciones á la iglesia de Nuestra Señora de la aldea de Deolz, respondió Artús.

—Podéis tomarlas; dijo el rey.

—Y ahora que no tengo que decir nada más á Vuestra Alteza, ¿me permitiréis que me retire?

—Retiraos, primo mío, y que Dios os guarde.

El condestable saludó profundamente al rey y se retiró, siendo acompañado hasta la puerta por Fido, el cual se había hecho amigo suyo.

Al día siguiente, al amanecer, cuando monseñor Artús de Richemont estaba en la iglesia de Nuestra Señora de Deolz y el sacerdote subía al altar, un escudero se presentó á decirle que el señor de Giac estaba detenido, según había mandado, y que se esperaban sus órdenes para saber lo que era preciso hacer.

—Que Alain Girón y Roberto de Montaubán lo acompañen hasta las prisiones de Dun-le-Roi con cien lanzas, y, una vez allí, ya sabe el baile cuál es su obligación. Respecto á vos, Juan de la Boissiere, añadió el condestable volviéndose hacia otro escudero, id á Bourges y advertid al verdugo que se traslade en diligencia á Dup-le-Roi, donde le espera un trabajo que será bien pagado.

Dadas estas órdenes, Richemont se arrodilló y oyó la misa con gran devoción.

IV

Ahora nuestros lectores comprenderán fácilmente el porqué Artús de Richemont había pedido al rey las llaves de la villa. El condestable temía que el caballero de Giac huyese durante la noche; pero el jefe de los consejeros confiaba demasiado en el favor con que le honraba Carlos para concebir ningún temor y para tratar, por lo tanto, de sustraerse á la suerte que le esperaba; así es, que cuando las gentes de Artús penetraron en su casa después de haber hundido la puerta á hachazos, lo encontraron tranquilamente acostado y dormido. Los soldados le obligaron á levantarse sin darle tiempo de ponerse otro vestido que una bata de terciopelo, y arrastrándole hasta la puerta de la calle, le hicieron subir á una pequeña hacanea que habían llevado ya con este objeto. Entonces llegó el escudero que traía las nuevas órdenes del condestable. La tropa se puso en marcha para Dun-le-Roi, el caballero penetraba tres horas después en las prisiones de la villa, y la noche de aquel mismo día el baile le leía su sentencia de muerte.

De Giac la escuchó sentado en un rincón,

descalzo sobre las losas, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos. Cuando la lectura estuvo acabada, el baile le preguntó si deseaba alguna cosa, y de Giac le respondió con voz sorda:

—Un sacerdote.

Esta era la única palabra que había pronunciado desde que había entrado en la cárcel, habiéndose negado obstinadamente á responder á los interrogatorios. El baile salió.

Al entrar el hombre de Dios en la prisión, encontró al caballero en la misma posición, y viendo que un sudor abundante cubría la frente del paciente, empezó á aconsejarle que soportase la muerte con valor.

—No es la muerte lo que temo. Nos hemos visto con frecuencia muy de cerca para que yo la tema. ¡Oh! ¡la muerte! la conozco, es una antigua conocida, y si viniese sola, la bendeciría.

—La muerte viene con la misericordia de Dios, hijo mío, dijo el sacerdote.

—Ó con su venganza, padre mío, respondió de Giac.

—Tened confianza en el que murió para desarmarla, continuó el monje sacando de su pecho un crucifijo y presentándoselo al caballero.

Éste tendió la mano derecha para cogerlo; pero apenas lo hubo tocado, lanzó un grito como si hubiese sido de hierro candente, y el crucifijo cayó á tierra.

—¡Sacrilégio! exclamó el monje.

—No es un sacrilégio, padre mío, es un olvido, respondió de Giac. Debía haber tomado

este crucifijo con la mano izquierda, porque la derecha está ya condenada. Pero, ved cómo no he querido insultar al símbolo sagrado de nuestra redención, añadió tomando el Santo Cristo con la mano izquierda y besando la santa imagen con amor.

—Debéis ser un gran pecador, hijo mío, respondió el monje.

—Tan grande, que temo que no haya perdón para mis crímenes.

—Y sin embargo, sois muy joven.

—Joven de edad, pero viejo de corazón. Los años hacen marchar la vida, y los dolores la hacen volar. El tiempo no tiene duración por sí mismo. Es la desgracia y la fortuna los que lo dividen en siglos ó en minutos, y creedme, padre mío, aunque yo no tengo un cabello blanco en la cabeza, pocos ancianos han vivido tanto como yo.

—Hijo mío, los dolores de este mundo sirven de compensación en el otro. Nada hay perdido para el que se arrepiente, y la petición que habéis hecho de un sacerdote, empieza á hacerme esperar que esa agua que corre por vuestro rostro y que yo tomé por el sudor del miedo, es hija del arrepentimiento.

—Os he llamado como llama un enfermo á un médico, aunque sepa que su enfermedad es mortal. Os he llamado porque la esperanza es una cosa tan profundamente arraigada en el corazón humano, que cuando se extingue en esta vida, se espera volver á verla en la otra. Os he llamado, en fin, porque mi pecho encierra, desde hace diez años, secretos tan terribles, que nece-

sito ir acostumbándome á decírselos á un hombre para tener el valor de repetirlos ante Dios.

El monje buscó con la vista un asiento.

—Sentaos en esta piedra, le dijo de Giac dejándose caer de rodillas y cediéndole su asiento.

El sacerdote se sentó.

—Padre mío, yo he sido feliz. Los veinticinco primeros años de mi vida los pasé en medio de goces y placeres. Era rico, noble y valiente, era el favorito del duque Juan Sin Miedo, el cual tenía fama, como sabéis, de ser el duque más poderoso de la cristiandad.

—Sí, desgraciadamente para este pobre país de Francia, murmuró el sacerdote.

—¡Ah! ¿sois delfinés, padre mío?

—He sido educado en el amor á mis príncipes y en el odio á los ingleses.

—Yo no sentía amor ni odio; miento: sentía amor, pero no ese amor de que vos me habláis, pues me importaba poco lo referente al reino de Francia y á sus reyes legítimos, ó ilegítimos, con tal de que el brazo de Catalina se apoyase en el mío, con tal que sus ojos me mirasen con ternura, con tal que su boca me dijese: *¡Te amo!* Fui su esposo, y toda mi vida estribaba en aquella mujer, padre mío, todo, alegrías y dolores, desde la sonrisa hasta el sollozo. Hubiera dado por ella, no diré ya mi posición, mis bienes y mis riquezas, sino mi vida, mi felicidad y mi alma. Pero ¡ay! padre mío, aquella mujer me engañaba. Un día sorprendí una carta, y aquella carta indicaba una cita. Sólo quise dar fe á mis ojos, me oculté y vi avanzar á Catalina apoyada en el brazo de su amante, la oí cambiar con

él la palabra: *¡Te amo!* y aquel amante era el mismo á quien yo respetaba como príncipe y á quien amaba como padre; aquel amante era el duque Juan de Borgoña.

—Hijo mío, no es su mayor traición la que vos le reprocháis.

—Padre mío, grandes y pequeñas, las pagó todas juntas. Yo fui el que le decidió á la entrevista de Montereau; yo fui quien estableció las tiendas de manera que no hubiese barrera; yo fui quien le dió la señal á Tanneguy-Duchatel en Narbona y á Roberto de Loira, y si no le herí después de hacerlo ellos, fué porque una última herida habría terminado su agonía y me hubiera robado el placer de sus últimos dolores.

—El duque merecía la muerte, dijo el sacerdote frunciendo las cejas. ¡Que la absolución del Señor descienda para aquellos que le hirieron, porque ellos salvaron la Francia!

—No es esto todo, padre mío. Había castigado á uno de los culpables; pero me quedaba aún su cómplice, y fui á buscarla. ¿Necesito decirlos y no sabéis vos ya los excesos de venganza á que llevan los celos al corazón humano? Sí, yo derramé con mi mano el veneno en la copa de aquella mujer, por la cual dos años antes habría dado mi vida, y después, cuando hubo tragado el veneno, la hice subir á la grupa de mi caballo, la até á mi cuerpo, y así encadenado, corrí por la soledad, el espacio y la noche. Durante dos horas sentí que se retorció de dolor aquel cuerpo que tan frecuentemente había llevado con delicia en mis brazos para ahorrarle una fatiga. Durante dos horas oí lamentarse á aquella voz cuyo so-

nido me había hecho temblar tantas veces de alegría y de dicha. Por fin, al cabo de dos horas, no sentí ni oí nada. Mi caballo se había detenido á orillas del Sena. Me apeé: Catalina estaba ya muerta. Cadáver y caballo fueron arrojados al río y todo desapareció.

—Por grande que fuese su falta, vos abusasteis de vuestros derechos haciéndoos justicia. En estado ordinario, ese crimen sólo puede ser perdonado por el Santo Padre; pero, á la hora de la muerte, cualquier sacerdote tiene sus poderes: confiad, pues, hijo mío, porque la misericordia de Dios es muy grande.

—Después, padre mío, me lancé á todo lo que los hombres llamamos goces, placeres y honores de la vida; desenfrenos, glorias, riquezas, todo lo agoté. Los hombres no habían tenido para mí fe ni honor, y yo no usé fe ni honra con los hombres. Traicioné al que me amaba, como yo había sido traicionado por aquellos que había amado; amigos, amantes y país no fueron para mí más que palabras vanas que sacrifiqué á un capricho, y esto duró diez años, padre mío, diez años de tormento que los hombres creyeron diez años de dicha, diez años durante los cuales no pasó una hora del día y de la noche sin que yo viese al duque y á Catalina, una en brazos del otro. Tanto había pesado este recuerdo en mi corazón y formaba tanta parte de mi vida, que ni dormido ni despierto lo olvidaba. Y sin embargo, oía que decían de mi cuando pasaba: *¡He ahí al favorito! ¡He ahí al poderoso! ¡He ahí al feliz!*

—Y ¿cómo permanecieron ocultos esos crímenes á los ojos de los hombres?

—Es que un poder superior al poder humano me había tomado bajo su fatal protección, porque no os lo he dicho todo, padre mío. En un momento de dolor y de desesperación, en un momento en que sufría tanto que creía que iba á morir, ofrecí mi mano derecha al que me procurase los medios para vengarme.

—Y ¿qué? dijo el sacerdote.

—Que el pacto fué aceptado, padre mío, murmuró de Giac poniéndose más pálido aún. He aquí porque mi venganza permaneció oculta á las miradas de los hombres, y he aquí porque cuando me presentasteis el crucifijo y yo quise tomarlo, me quemó como una llama.

—¡Atrás! exclamó el sacerdote temblando de terror y cobijándose en el ángulo de la prisión. ¡Atrás, tú, que hiciste alianza con Satán!

—¡Padre mío!...

—¡No te acerques, maldito! porque aunque nuestro santo padre el papa quisiera absolverte, no lo lograría, ya que si abriese á tu cuerpo las puertas del cielo, tu mano no dejaría de seguir ardiendo eternamente en el infierno. Déjame, pues, salir, porque nada me queda ya que hacer aquí.

De Giac le dejó el paso libre, y el sacerdote avanzó hacia la puerta y la abrió.

—Padre mío, ¿te niegas á absolverme á pesar de mis remordimientos, de mis oraciones y de mi arrepentimiento?

—No puedo mientras tu mano esté unida á tu cuerpo.

—Pues bien, padre mío, exclamó de Giac; hazme un último favor.

—¿Cuál? dijo el monje abriendo la puerta.

—Envíame el verdugo, y cuando le veas salir, entra.

—Lo haré como deseas, dijo el sacerdote cerrando la puerta.

De Giac se sentó tranquilamente en la piedra en que el monje le había encontrado, y desde allí oyó perderse en el corredor el ruido de las sandalias del monje.

Al quedar solo, de Giac se quitó los anillos que llevaba en la mano izquierda y se los puso en los dedos de la mano derecha. Apenas había acabado de hacer este cambio, cuando el verdugo entró, y de Giac, encaminándose hacia él, le dijo:

—Escucha. Aquí tienes en esta mano por valor de más de doscientos escudos en anillos y pedrerías, anillos y pedrerías que podría yo dar á un sacerdote para que dijese misas por la salvación de mi alma.

De Giac hizo una pausa, miró al verdugo, cuyos ojos brillaban de avidez, y remangándose el brazo derecho y apoyándolo en una columna truncada que había en medio del calabozo, añadió:

—Ahora bien, si tomas la espada y me cortas esta mano, los anillos serán para ti.

El verdugo sacó la espada sin decir palabra, amagó dos veces para hacer puntería y al tercer amago tronchó la mano del señor de Giac, la recogió del suelo, se la metió en su bolsillo de cuero y salió.

Un instante después entró el monje.

—Ahora ya puedes darme la absolución, pa-

dre mio, porque no tengo la mano, le dijo de Giac encaminándose hacia él y enseñándole su muñeca ensangrentada y mutilada.

Al día siguiente, el señor de Giac fué arrojado al agua y ahogado.

GÜELFOS Y GIBELINOS

I

En 1076, en la misma época en que el héroe de España llamado el Cid conquistaba para Alfonso VI Toledo y toda Castilla la Nueva, fué cuando estallaron las desavenencias entre el emperador Enrique IV y el soberano pontífice Gregorio VII. He aquí con qué ocasión:

El espíritu de libertad había aparecido en Italia; los marinos aventureros que bordeaban las costas habían respirado sus primeros soplos, y Venecia, Génova, Pisa, Gaeta, Nápoles y Amalfi se habían constituido en repúblicas, mientras que el interior de las tierras continuaba obediendo á Enrique IV de Alemania. La herencia de san Pedro mismo, sin estar directamente sometida al imperio, reconocía aún su infeudación, permitiendo que el nombramiento de los papas fuese confirmado por los emperadores; pero ya el milanés Alejandro II se había negado